

Karina Peisajovich. Sin techo y sin ley

31 de mayo – 26 de julio, 2023

Sin techo y sin ley *

Esta no es una exposición cualquiera de Karina Peisajovich. Nadie que conozca el recorrido de su obra, y el grado de maestría que alcanzó en los últimos quince años, se hubiera esperado estas ganas de entregarse a lo desconocido. ¿Por qué poner en riesgo lo que unx ya sabe hacer, el mérito, la aprobación automática, la comodidad?

A diferencia de lo que hizo en las series y proyectos anteriores, en lxs que investigó desde ángulos muy diversos los modos en que la luz genera imagen, esta vez Karina Peisajovich no se ajustó a un eje conceptual-visual. Lo que se propuso esta vez fue hacer cuadros con las ideas-sensaciones que le fueran apareciendo en el lapso de unos meses, sin importar lo heterogéneas que pudieran llegar a ser ni si iba a ser posible armar conjunto con todo eso. Un día pintó un retrato de su gato Marcel y otro, recreó la memoria de una visita reciente al Sítio Burle Marx, en Río de Janeiro. Un día apiló tres capas de pura sensibilidad cromática y otro, condensó melancolía e incertidumbre en una nube-piedra-cerebro, terroríficx como el perro de Goya que se ahoga en la arena.

Preguntarse por el común denominador de estas obras podría parecer entonces una mala idea, pero no. Hay un artefacto que permanece sin alteraciones estructurales desde el Quattrocento, que es el cuadro, una base material, que es el óleo sobre tela, y un eje organizador que precede al concepto y la visualidad, y es la disposición emocional y creativa a dar lugar a la pintura-acontecimiento. El cuadro de Marcel, o el del Sítio Burle Marx, se vinculan directamente con esta disposición porque la mirada, el tono, el estar de un gato con el que se comparte la vida pueden súbitamente, un día cualquiera, revelar una distancia y una diferencia misteriosas respecto de unx mismx, así como un instante en el deambular por el vivero-parque del paisajista brasileño puede abrir un inesperado canal de contacto con el propio hacer, y en esos momentos únicos hay acontecimiento. El foco está puesto en lo que irrumpe, en la micro-explosión, y en lo que se desencadena a partir de ahí: la creación como ida y vuelta entre artista y pintura, el proceso y la transformación bilateral, el co-crearse.

Entre la disposición a pintar sin saber lo que vendrá y el dar cuenta de un afecto que la atravesó en los días en que pintaba hay: capacidad de autoanálisis, porosidad, atrevimiento, y olfato para elegir qué del caudal de conocimientos técnicos, conceptuales y de historia del arte que se tienen puede contribuir al desafío renovado de pintar. Como en ese cuadrito geométrico en el que utiliza recursos de los concretismos y otras vanguardias antifigurativas para hacernos sentir la libertad y el juego que puede haber en una clase de objetos que, para ser concebidos, necesitaron de una antitradición de ruptura y combate. Este óleo de KP aporta al campo de las imágenes posconcretas desvíos como la textura, el modulado (y lo que tiene de calidez, de efecto volumétrico, de sombra interior, que es un rastro de corporeidad) y un plano irregular que sigue por los cuatro cantos de la tela y llega hasta donde el pliegue define un límite material interno al cuadro.

La unidad del conjunto está determinada entonces, principalmente, por el procedimiento. Y aunque no era ni un objetivo ni una condición, el resultado fue un grupo de pinturas compositiva, iconográfica y conceptualmente extrañas entre sí. De lo que se deduce que el carácter procesual, en alguna medida azaroso y en consecuencia inesperado del procedimiento es inherente a la imagen que vemos. De ahí que el de Marcel no sea simplemente el retrato de un gato querido sino el retrato de un gato que aparece porque Karina Peisajovich se preparó para estar lo suficientemente libre como para que apareciera, y ese advenimiento, por sutil que parezca, permanece en la imagen. Y permanece porque la estructura.

Es difícil, incluso para artistas maestrxs, enfrentar un desafío como el que se planteó Karina Peisajovich. El salto de un género a otro, de la figuración a la no figuración, de la gama del gris a la paleta a pleno, de la composición artesanal, detalle por detalle, a la mancha y a lo informe, exigen más temple y flexibilidad que la realización de un determinado número de variaciones sobre un mismo motivo o idea. Estas decisiones enfatizan la unidad del conjunto. Tanto, que habría que llamar “obra” no a cada pieza por separado, sino al conjunto que forman casi sin darse cuenta.

Santiago García Navarro
Escritor

*El título de la muestra está tomado de la película *Sans toit ni loi* (1985), escrita y dirigida por Agnès Varda.